

to que seria una monstruosidad de su parte el que obrase sin designio. El destino del sol por ejemplo, es alumbrar el sistema planetario, que le está subordinado, mantenerlo unido por medio de la atraccion, y animarlo y vivificarlo con su luz; y el sol no faltará, mientras el sistema planetario se conserve. El destino del alma humana es conocer el Sumo bien, amarlo, y animar el cuerpo humano. Este último fin se suspende con la muerte; mas los dos primeros se conservan sin interrupcion, como mas nobles y principales. En este mundo no llega el alma á este fin de un modo perfecto: siente en sí un deseo insaciable de alcanzar lo infinito, y de gozar lo bello, pero nunca lo satisface. En tal concepto, ó el Criador hizo en el alma una obra indigna de su sabiduría, ó ella debe durar eternamente.

Que el cuerpo se disuelva, es una cosa que el entendimiento concibe, pues que estando compuesto de partes y de elementos heterogéneos, no hay cosa mas natural, que el que faltando el vínculo que los une, se desaten y separen, volviendo á la comun materia. No así el espíritu, que siendo una sustancia simple, sin adición de partes, carece de todo germen de disolucion, y no conoce la semilla de la muerte. Seria necesario, para aniquilarlo, un acto de la voluntad del Criador, tan directo y tan eficaz, como el que determinó su creacion. Así, pues, el alma humana lleva en sí el principio de una duracion eterna, y el sello indestructible de la vida.

Cree el impío, ó finge creer, que el alma muere con el cuerpo: la disolucion del cuerpo, dice, que corrompe los principios, que destruye la organizacion, que divide y que separa las partes integrantes y constituyentes de la máquina material, arrastra consigo el aniquilamiento del alma; pero no advierte que repugna visiblemente, que el espíritu, sustancia esencialmente simple é indivisible, cuya naturaleza escluye toda composicion, se destruya por una separacion de partes y por una corrupcion de principios de que carece. Hay en esto un absurdo que repugna á la recta razon, y al buen sentido.

Si el alma humana pereciera, seria de inferior condicion á las sustancias organizadas, y á la misma materia bruta. Dios seria inconsecuente en sus designios é imperfecto en sus obras; y la creacion entera careceria de orden, de armonía y de objeto.

No, el alma es inmortal, y ella vivirá eternamente. Criada para gozar del Sumo bien, le gozará sin límites por una eternidad sin medida. ¡Qué valiéramos á nuestros ojos y á nuestra inteligencia ante esta máquina visible, si una vez enterrado el cuerpo en el sepulcro, quedase el espíritu entregado á la nada y al olvido? ¡Qué objeto tendria entonces la creacion entera, y sobre todo el hombre, que impera y domina sobre cuanto le rodea? La razon le habria hecho mas infeliz que los brutos, y sus deseos no satisfechos, no habrian tenido mas objeto que llenarlo de tormentos inútiles. ¡Cosa rara! El dogma de la inmortalidad del alma, es la verdadera clave para entender el maravilloso libro del universo, y sobre todo para entendernos y comprendernos á nosotros mismos, en el punto que mas nos interesa, que es el de nuestro último fin. Quitad al alma su inmortalidad, y el mundo físico carecerá de un objeto digno de la sabiduría de su Autor: el mundo moral se con-